

HISTORIA

Biblia y traducción (22): «Me horroriza el lecho...»

Por Juan Gabriel López Guix

«Protégeme tú, Señor que lo sabes todo, y sabes que odio la gloria de los impíos, que me horroriza el lecho de los incircuncisos y de cualquier extranjero» (Nueva Biblia Española). Este fragmento del texto griego de Ester (14:15), un libro cuya trama discurre durante el exilio de las clases dirigentes judías en Babilonia, forma parte del ruego en el que la bella Ester, elegida para el harén real y convertida en reina persa, recuerda cuánto le disgusta su situación conyugal y pide a Dios protección para su pueblo y para ella.

El libro de Ester cuenta un intento de genocidio judío ocurrido bajo el rey Asuero, la forma en que Mardoqueo y Ester lograron evitar la matanza, así como la institución de la fiesta de las Suertes (Purim) para conmemorar ese hecho. Dada la gran cantidad de incoherencias del relato, la exégesis lo ha considerado como una novela. La palabra hebrea *purim* podría derivar del acadio *puru* «suerte, sino»; y la celebración instituida, estar relacionada con las festividades del Año Nuevo babilónico en que fijaban las suertes o los destinos del año que empezaba. Subrayando este substrato babilónico, se ha señalado también la etimología de Mardoqueo, «hombre (o adorador) de Marduk», y el paralelismo entre Mardoqueo-Ester y Marduk-Ishtar. Asimismo, se ha sugerido que la obra es resultado del traslado a un contexto hebreo de una historia babilónica de persecución religiosa, pero no de los persas contra los judíos, sino de los persas contra los seguidores de Marduk bajo el reinado de Jerjes I, zoroastrista ortodoxo y destructor de templos rivales, entre ellos el templo de Marduk en Babilonia y su zigurat, es decir, la torre de Babel.

El libro suele citarse por ser el único del corpus bíblico hebreo en que la ausencia de Dios es total. Ahora bien, en el fragmento del principio, el destinatario de la súplica es justamente Dios. El párrafo comienza: «Luego rezó al Señor, Dios de Israel: "Señor mío, único rey nuestro. Protégeme, que estoy sola y no tengo otro defensor fuera de de ti..."». La contradicción se explica de un modo muy sencillo: en este y en otros lugares del libro, Dios es un invento de la traducción. En efecto, la versión griega de la Septuaginta, presenta seis añadidos con respecto al texto hebreo. Uno de ellos contiene la súplica de Esther. Otro, un colofón que menciona al traductor al griego de la obra, un tal «Lisímaco, hijo de Tolomeo, de la comunidad de Jerusalén». Así, Lisímaco, hijo de Tolomeo, comparte con el nieto de Jesús ben Sira, el honor de ser los dos únicos traductores mencionados en el Antiguo Testamento. No es posible saber si, además de traducir el texto hebreo, Lisímaco (en caso de que existiera realmente) tradujo o insertó los añadidos griegos, si bien la crítica ha identificado en ellos varias procedencias y lenguas (hebreo, arameo, griego).

En cualquier caso, se pone de manifiesto aquí que a las intenciones supuestas al autor, al lector y la obra (la *intentio auctoris*, la *intentio lectoris*, la *intentio operis*), cabe añadir la intención del traductor (la *intentio translatoris*). En una historia en la que la trascendencia brillaba por su ausencia, la traducción del hebreo al griego —quizá, en algunos lugares, con el paso intermedio por el arameo— palió el «déficit de Dios» mediante unas oportunas adiciones.

En realidad, el libro de Esther no es el único que presenta esa particularidad. Dios tampoco aparece en el Cantar de los Cantares. En este caso, sin embargo, la carencia no es paliada mediante interpolaciones textuales, sino mediante la superposición más sutil de una plantilla interpretativa que lee en clave alegórica el diálogo amoroso entre los esposos. Este tipo de estrategia también puede aplicarse —y se ha aplicado— a la versión hebrea del libro de Esther, y una interpretación mucho más elaborada ha visto en la ausencia de Dios un vacío de lo más adecuado en una obra cuyo tema es el genocidio.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)